

Erna von der Walde\*

## ➤ La novela de sicarios y la violencia en Colombia

La imagen es el busto de un joven hermoso con la cabeza inclinada en actitud devota; las manos, también en posición de oración, evocan un grabado de Dürero, con la diferencia de que el espacio que queda entre las palmas le permite sostener la culata de un revólver que apunta hacia su frente inclinada. Del cuello cuelga un escapulario con la imagen de la Virgen y el Niño. En la mano izquierda una modesta cuerda sujeta otros dos escapularios, uno de la Virgen y otro del Sagrado Corazón de Jesús. El joven viste una camiseta sin mangas que permite ver un cuerpo frágil y delicado, casi femenino. En el labio superior despunta apenas un ligero bozo (*Número 2000*).

La imagen con la que se anuncia la película de Barbet Schroeder, *La virgen de los sicarios*, basada en la novela del mismo nombre escrita por Fernando Vallejo, no requiere explicación. Se trata, como todos saben, de un joven sicario portando todos los emblemas que lo han convertido prácticamente en una figura de culto: el revólver, obviamente, y las imágenes religiosas que lo protegen, le garantizan buena puntería cuando ejecuta a sus víctimas y le aseguran el pago que le han prometido los que lo contratan. La imagen es la estetización y estilización de uno de los síntomas más notables no sólo de la violencia en Colombia, sino de la confusión imperante sobre el significado de lo que es una catástrofe sin antecedentes en esta sociedad.

A finales de la década de los ochenta, en Colombia, el sicario cobró especial visibilidad. Pocos años antes, el Gobierno había conseguido una negociación de paz con la guerrilla que culminó poco después con el asesinato, por mano paramilitar, de casi todos los reintegrados. Pero la violencia parecía haberse desplazado del ámbito de lo estrictamente político hacia otro campo: el país se había convertido en el centro mundial de los carteles del narcotráfico y, por presión de los Estados Unidos, en 1989 el Gobierno declaró una guerra contra las drogas. La violencia, que antes se atribuía tan sólo a los conflictos políticos, se manifestaba como un fenómeno que atravesaba a toda la sociedad. Un lugar en el cual esto se hacía palpable eran los grupos de jóvenes asesinos a sueldo de los barrios marginales de Medellín. Conocidos a través de los medios y en el imaginario popular como “los asesinos de la moto”, los sicarios se habían convertido en los ejecutores por excelencia de actos de violencia por encargo, asesinando a políticos y sindicalistas, jueces y policías o actuando en las *vendettas* de las mafias del narcotráfico.

Dos trabajos otorgaron una visibilidad particular al sicario y lo elevaron a categoría sociológica. El primero es la película documento-ficción del cineasta Víctor Gaviria *Rodrigo D: no futuro* (1989), que obtuvo el premio a la mejor película en el Festival de

---

\* Erna von der Walde es Assistant Professor de lengua y literatura española y portuguesa en la Universidad de Nueva York.

Cine Latino de Nueva York en 1990, en donde se relata la vida de los jóvenes de las comunas de Medellín, interpretada por muchachos de las mismas comunas. El segundo es el relato testimonio del sociólogo Alonso Salazar *No nacimos pa' semilla* (1990), en el que varios jóvenes sicarios cuentan su historia. Estas dos obras revelaron una situación que la sociedad colombiana no había conseguido comprender: que los victimarios eran a su vez víctimas, que la violencia en Colombia había rebasado los parámetros con los que se intentaba dar razón de ella, que se había fracturado de manera irreversible el tejido social.

En 1994 se publicó en Bogotá la novela *La virgen de los sicarios*, de Fernando Vallejo. La breve obra, en la que se narra la peripecia de un gramático que regresa a Medellín y se involucra con un joven sicario, fue recibida con cierta indiferencia en Colombia, mereciendo tan sólo una que otra reseña, para pasar casi al olvido hasta que fue traducida al francés por Michel Bibard tres años después. La recepción internacional generó suficiente interés como para que la revista *Gaceta* del entonces recién creado Ministerio de Cultura dedicara un número completo a la figura del autor y a la novela. La producción de la película por Barbet Schroeder y la mención especial que recibió en el Festival de Cannes en 2000, han lanzado a Vallejo al estrellato, y el tema de los sicarios ha devenido en nueva fórmula del éxito, como superación del realismo mágico.

La publicación en 1999 de *Rosario Tijeras*, de Jorge Franco, una historia de amor de un joven de clase alta de Medellín con una joven sicaria, ha generado la impresión de que está surgiendo un nuevo sub-género literario en Colombia: la novela de sicarios, o la “sicaresca” antioqueña, como se ha dado en llamar, porque tanto Vallejo como Franco son originarios de Antioquia, el departamento cuya capital es Medellín.

El fenómeno es interesante, no sólo porque permite percibir el efecto de las fuerzas del mercado en la creación de modas y tendencias. Un problema social y político, como es el sicariato, ha devenido en temática. En su paso por el cine, la literatura y la consecuente banalización de los medios masivos de comunicación, un síntoma de la gravedad de las violencias colombianas como lo es el sicariato, se convierte en una especie de tendencia de las culturas juveniles, allanando con ello toda la carga de conflictos que arrastra. Mientras en las páginas dedicadas a las noticias más espeluznantes de asesinatos, especialmente magnicidios, los sicarios son una categoría en la que caben muchas modalidades de asesino, en las páginas culturales estos mismos jóvenes son estilizados, y sus gustos musicales son parte de las culturas juveniles que tanto sociólogos como antropólogos investigan. Los medios masivos de comunicación, con su lógica cada vez más mercantil, contribuyen notoriamente a crear fuertes inconsistencias en el espacio de los conflictos que azotan a Colombia.

Las diferencias entre la obra de Vallejo y la de Franco son notables. Mientras el primero aborda justamente las dificultades de hacer comunicable una violencia que se ha visto cooptada por la superficialidad y la espectacularidad de los medios y por unas ciencias sociales más al servicio del poder que de crear una cierta inteligibilidad del fenómeno, el segundo tiende a folclorizar y, con ello, a naturalizar la existencia del sicariato. En manos de Vallejo, el sicariato, como veremos más adelante, se convierte en síntesis de una compleja problemática. Para Franco, éste es apenas un escenario, un telón de fondo para una historia de amor que, a su vez, no logra traspasar el nivel de lo puramente deíctico: el narrador reitera insistentemente su amor por la sicaria, pero el lenguaje llano y poco expresivo no permite vislumbrar tonos ni matices; no consigue siquiera explotar el

material candente que puede ser el amor de un joven de clase alta por una asesina a sueldo en una sociedad atravesada por odios de clase, resentimientos, desconfianzas, todo aquello que constituye el fermento social de las violencias en Colombia.

## 1. Las violencias en Colombia

Colombia es un país sumido en una crisis económica, política y social de graves consecuencias no sólo para sus pobladores, sino para toda la región; atravesado por conflictos violentos que se remontan a diversos momentos históricos, pero fuertemente agudizados por las fuerzas de la globalización.

La situación de violencia en Colombia en los albores del siglo XXI ha llegado a niveles extremos. En las páginas de los diarios de todo el mundo aparecen periódicamente las noticias sobre asaltos de grupos guerrilleros y paramilitares a poblaciones de inofensivos campesinos, atentados, masacres, asesinatos en plena calle, secuestros, desapariciones forzadas, torturas, mutilaciones, bombas. Cada año se registran más de 25.000 muertos por violencia, más de mil personas secuestradas, lo que constituye el 50% de los secuestrados en el mundo, y unas 400 masacres, en su mayoría realizadas por grupos paramilitares. En el año de 1999, más de 3.500 personas fueron víctimas de atentados con trasfondo político. Aproximadamente, 250.000 fueron obligadas a abandonar sus casas y tierras y a desplazarse a los centros urbanos, donde entran a formar parte de gigantescos cinturones de miseria y criminalidad. Se suman así al más de millón y medio de “desplazados” por la violencia en la década de los noventa. Colombia ocupa el tercer lugar en la lista de desplazados internos, después de Ruanda y la antigua Yugoslavia.

La gran mayoría de las víctimas de la violencia proviene de la población civil. Además de los campesinos y otros habitantes de las zonas rurales y provinciales, gran número de académicos, líderes sindicales, periodistas, jueces, sacerdotes, alcaldes y miles de activistas comunitarios caen cada año en manos de las fuerzas de la subversión, de los paramilitares o del ejército. Cientos son obligados a abandonar el país bajo las amenazas de muerte que imparten los distintos grupos en listas negras que hacen llegar a sus enemigos.

La presencia de poderosas mafias de narcotráfico permea todas las instancias del conflicto armado gracias a las cantidades inusitadas de dinero que movilizan, las cuales posibilitan la compra de armamento clandestino. La guerrilla colombiana es la más antigua del continente y se auto financia enteramente gracias a sus pactos territoriales con el narcotráfico y los dineros provenientes de la extorsión y el secuestro. Cada tantos meses cae asesinada alguna figura de alta repercusión pública, sin atribución clara a ninguno de los grupos alzados en armas. El país registra uno de los índices más altos del mundo en violaciones de los derechos humanos y en crímenes contra el Derecho Internacional Humanitario. Ante todo esto, resalta como una mancha roja la impunidad, la casi total indiferencia o, lo que puede ser aún peor, impotencia de las autoridades gubernamentales. Al mismo tiempo, Colombia ocupa el tercer lugar entre los receptores de ayuda militar norteamericana, después de Israel y Egipto. Una guerra sin cuartel, en la que los actores son una minoría, pero que atraviesa todas las instancias de la vida pública y privada de los colombianos.

La dispersión y diversificación de la violencia en Colombia remiten a una complejidad tal de circunstancias históricas, políticas, económicas, sociales y culturales que se ha

hecho imposible trazar el mapa, construir el relato, establecer los nexos. Las ciencias sociales en el país operan como diagnosticadoras de las diversas manifestaciones de violencia, organizando el discurso alrededor de los diversos actores armados –guerrilla, paramilitares, ejército, milicias urbanas, bandas juveniles, organizaciones terroristas– o intentando ligar las violencias del presente a las violencias del pasado. El panorama general que emerge es el de un Estado y una sociedad fragmentados sin posibilidades de solución o de llegar a acuerdos parciales que mitiguen el estado de terror en el que se encuentra sumida la población. El diagnóstico del historiador Gonzalo Sánchez en 1991, cuando la violencia no había alcanzado ni remotamente las dimensiones que tiene diez años después, era que se trataba de “una guerra de la sociedad entera consigo misma”, de “un suicidio colectivo” (Sánchez, 1991: 215).

La sensación de caos incomprensible proviene en parte de una realidad inasible dentro de los referentes históricos y culturales. Tradicionalmente, la violencia había sido tratada dentro de una escisión particular que, por un lado, consignaba las violencias políticas de carácter partidista, conducidas por las elites –guerras civiles en el siglo XIX o la misma Violencia de los años cuarenta y cincuenta–, a un proceso “evolutivo” de la historia, como parte del lento emerger de la nación moderna; mientras que, por el otro, las violencias que se manifestaban en revueltas populares, huelgas sindicales, movimientos guerrilleros y delincuencia común eran tratadas como disrupciones de un orden que se asumía como plenamente controlado por las clases políticas del país. La escisión tenía su base, entre otras, en la percepción que tenían las elites de que “lo social” no tenía que ver con lo político y lo económico, sino que era un aspecto de la sociedad que había de ser controlado y ordenado por medio de medidas represivas de carácter policial.

El bipartidismo, que ordenaba el quehacer político y social de los colombianos en una escisión insuperable entre liberales y conservadores, era el discurso al que se subsumía la realidad social. Sólo en la medida en que los partidos pudieran cooptar las acciones de rebelión del “pueblo” para sus propias luchas, podían estas últimas adquirir alguna visibilidad y significación política. Tal es el caso de los artesanos en 1851, cuya revuelta condujo a un golpe de estado; este sector se manifestó continuamente durante el siglo XIX, pero su historia ha sido ignorada hasta hace relativamente poco, en tanto sus acciones no pudieron ser apropiadas por los partidos. De la misma manera, el levantamiento del “populacho” el 9 de abril de 1948, tras el asesinato del líder populista liberal Jorge Eliecer Gaitán, pudo ser reconvertido bajo la figura discursiva de la lucha entre el partido liberal y el conservador, convirtiendo así la revuelta popular en un momento de giro de la lucha de los partidos y silenciando las reivindicaciones de las clases menos favorecidas.

La violencia actual en Colombia se manifiesta como la explosión de todos los aspectos que los discursos anteriores reprimían y excluían. Los actores políticos excluidos del pacto de las elites, así como los actores sociales silenciados en sus reivindicaciones han acudido en diversas ocasiones y con diferentes legitimaciones al uso de la violencia para obtener visibilidad política. Al mismo tiempo, el discurso de las elites, y en muchas ocasiones de las mismas ciencias sociales, desplaza la violencia al “otro” social, criminalizándolo y sin darle la relevancia política que pueda tener. En un panorama de efectiva carencia de control y sin que el Estado posea el monopolio de la fuerza, el territorio se convirtió en arena propicia para la profusión de las armas, contribuyendo así al fortalecimiento de grupos que aprovecharon las condiciones para el ejercicio de actos delictivos.

En la actualidad, la ineficacia de las instituciones y la presencia diseminada de diversos actores armados, la mayor parte de los cuales actúa sin coordinación en acciones focalizadas de carácter local, tiene en vilo a los pobladores de grandes partes del territorio.

La percepción de caos y de anomia total se ve reforzada por la cantidad de información sobre actos violentos, que aumenta en proporciones descomunales. Los diarios, la televisión, la radio, las revistas, los estudios académicos, los relatos de testimonio, los informes de las ONG invaden diariamente la vida de los colombianos con datos, versiones, estadísticas, interpretaciones sobre una realidad que no se deja narrar, en la que impera, sobre todo, el miedo.

La lógica de espectacularidad por la que se rigen los medios masivos de comunicación, especialmente la televisión, entra en una perversa complicidad con los perpetradores de actos violentos. El flujo diario de noticias atroces no se liga a ninguna causalidad ni se contextualiza dentro de un discurso que permita siquiera una somera comprensión de los hechos. Ninguno de los actos recibe el menor seguimiento, con lo cual diariamente se suscita la curiosidad y el morbo, a la vez que los espectadores quedan en suspenso con respecto a las lógicas que movilizan a los actores violentos. Esta manera puntual y desencadenada en la que se presentan los hechos violentos contribuye a ampliar la sensación de que el país se encuentra sumido en la violencia. Más allá de que esta es una realidad indudable para sectores crecientes de la población, el *continuum* descontextualizado de los medios contribuye en no poca medida a la creación del espacio de terror.

La confusión sobre las motivaciones, bien sea políticas o económicas, de los grupos violentos, la carencia de información sobre los contextos y los trasfondos, la sensación de amenaza permanente reforzada por los altísimos índices de criminalidad común e impunidad, convierten a todos en víctimas potenciales. El fenómeno que se ve emerger es el de las “ciudadanías del miedo”, como las denominó Susana Rotker (2000), en las que los sujetos definen su condición de ciudadanos de la nación a partir de los miedos que suscitan las violencias que los acosan. La misma indefinición de éstas, la percepción de que su carácter es aleatorio, sume a los habitantes del país en una especie de lucha permanente contra un fantasma, que no permite diferenciar entre los niveles necesarios de miedo para poder tomar medidas preventivas y los niveles de terror que llevan a acciones desmesuradas.

## 2. Las literaturas de la violencia

Aun cuando desde un punto de vista histórico y social las violencias actuales en Colombia pueden remontarse a diversos momentos de los conflictos de la nación, las literaturas de la violencia no gozan de la misma extensa tradición. La conceptualización de las letras como un espacio en el que han de plasmarse valores estéticos y morales de orden superior imperó en Colombia hasta bien pasada la primera mitad del siglo, desde su institucionalización a finales del siglo XIX, cuando el Estado dejó en manos de la Iglesia la labor educativa. Las múltiples violencias realmente existentes en lo social, lo económico y lo político escasamente encontraban cabida en el ámbito literario. Baste recordar la fuerte crítica que recibió José Eustasio Rivera, cuando publicó *La vorágine* en 1924, por incluir escenas de barbarie junto con los momentos de éxtasis poético en el escenario selvático.

La intensa ideologización de la producción literaria y cultural, subsumida a las afiliaciones partidistas que, lejos de ser estrictamente políticas, estaban atravesadas por fuertes lazos familiares y sociales, había impedido en Colombia los procesos de constitución de una crítica secular (Said, 1984). La misma producción literaria, hasta la década de los sesenta del siglo xx, estaba constreñida por el régimen de valores políticos y religiosos que emanaban de los círculos letrados de Bogotá, y la circulación de las producciones que se desviaran de los cánones impuestos estaba restringida a círculos locales. Las censuras de la Iglesia, que todavía en los años 70 publicaba el índice de libros y películas no admitidos, contribuían fuertemente a cerrar los espacios de la producción.

Es notable que el primer intento serio de abordar las violencias que atravesaban la sociedad colombiana, *La vorágine*, no haya abierto una línea de representaciones estéticas de los conflictos sociales. De hecho, en la década de los treinta y luego con las violencias de los años cuarenta y cincuenta, la nación perdió de vista la profunda experiencia de transformaciones que vivió el país en la década de los veinte, el complejo ámbito de polémicas en torno a lo social, que señalaba ya las contradicciones fuertes que se generaban en un país que buscaba modernizarse en lo económico y lo administrativo, pero que se había cerrado a las modernizaciones en lo político y lo cultural.

La Violencia de los años cuarenta y cincuenta, más allá de las serias transformaciones que indujo en la sociedad colombiana y que en buena medida están aún por evaluarse, condujo a un empobrecimiento de dimensiones dramáticas en el espacio de los debates. Toda la realidad del país quedó nuevamente subsumida a los conflictos partidistas, que no sólo operaban de manera flagrante en lo ideológico, sino que estaban causando un derramamiento de sangre sin precedentes, que dejó como saldo más de 200.000 muertos, unos 300.000 desplazados y desposeídos, y un campesinado consciente de la traición de las elites y armado hasta los dientes para luchar por sus reivindicaciones.

Este período se conceptualizó en el imaginario de los colombianos como un evento que se salía de la norma, algo que se observa en el uso de la palabra “violencia” para designar uno sólo de los múltiples conflictos violentos del país. Después de las guerras civiles del siglo xix, la percepción imperante era que el país había conseguido dejar atrás las rencillas partidistas y crear un clima de paz en el que la modernidad podía avanzar sin tropiezos. La noción de las elites de que los únicos conflictos de relevancia política eran los que se dieran entre sus fracciones cegó al país a las realidades y a las implicaciones de una política que consistía en reprimir violentamente las manifestaciones de descontento social y en criminalizar a los insurgentes. La huelga de las bananeras en 1928 y la consecuente matanza de más de mil trabajadores es el evento más sobresaliente de una época en la que abundaban levantamientos de indígenas en el sur del país, de obreros en los centros urbanos en vías de industrialización, de campesinos en las zonas de colonización y de jornaleros en las diversas plantaciones.

En el marco de las luchas partidistas se escribieron más de 50 novelas que trataban el tema de la violencia. En buena medida, estos relatos eran descriptivos, de carácter casi testimonial, reproduciendo en sus páginas los horrores de las masacres, las torturas, las venganzas, los desplazamientos. “Inventario de muertos”, los calificó Gabriel García Márquez (Harss, 1966: 381). Por este mismo carácter puntual que tenían, las novelas no enfrentaban las dimensiones amplias del conflicto y asumían como natural la divisoria entre liberales y conservadores. En su gran mayoría, los autores se profesaban liberales, y las obras servían el propósito de denuncia de los horrores perpetrados por los conserva-

dores (Troncoso 1989), con lo cual las obras, más que visiones del conflicto, se convirtieron en armas de la misma violencia.

El carácter testimonial de las novelas permitió que estas obras fueran consideradas parte importante de la bibliografía de base para la primera investigación sociológica de fondo sobre el fenómeno: el libro *La violencia en Colombia*, de Germán Guzmán Campos, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Luna, publicado en 1962. Este cruce entre la literatura y las ciencias sociales no deja de ser notable, pues señala un borramiento, que nada tiene de posmoderno, entre la ficción y el documento. Ciertamente, el bajo grado de ficción de las novelas contribuyó en no poca medida a que se leyeran más como testimonios que como obras literarias. Pero a la vez se hace visible el lugar social que se le atribuía a la literatura como espacio con capacidad de rendir la verdad sobre un evento histórico con tanta verosimilitud y científicidad como la que aspiraban a poseer las ciencias sociales.

Al mismo tiempo, y de manera casi irónica, la apropiación que consiguen hacer los autores de *La violencia en Colombia* de estos testimonios y su rendición dentro del marco de una investigación sociológica, se constituye en el acto de separación de aguas entre las letras y las ciencias sociales. Una vez constituida la sociología como disciplina en Colombia, este lenguaje testimonial que ostentaban las novelas pasa a ser parte del lenguaje de las ciencias sociales. La obra de Guzmán Campos, Fals Borda y Umaña Luna, al constituirse en la organizadora del relato de la Violencia, les plantea un desafío a las letras, pues, como señala Dieter Janik, “toda esta documentación hizo imposible o dio por superado todo intento de crear visiones literarias de carácter documental” (1994: 141).

Cabe señalar, sin embargo, que no todos los autores del período suponían, como denunciara el crítico Hernando Téllez en 1954, que “el arte literario se produce como un derivado del documento” (1979: 455). Ciertamente, la obra de Guzmán Campos, Fals Borda y Umaña Luna ordena los discursos y separa lo documental de lo literario, pero en el campo de la producción literaria, esta separación ya había tenido lugar. En 1953, el punto de mayor recrudescimiento de la Violencia, que llevó a miembros de los dos partidos a unirse para derrocar al presidente Laureano Gómez e imponer al comandante de las Fuerzas Armadas, general Gustavo Rojas Pinilla, como gobernante de la nación, aparecieron dos novelas notables: *Viento seco*, de Daniel Caicedo, y *El día del odio*, de José Antonio Osorio Lizarazo. Ambas novelas llevan una terrible carga de violencia, pero ya se distingue claramente que, mientras la obra de Caicedo es de carácter más descriptivo y documental, invitando más a buscar la veracidad de los hechos que una comprensión del fenómeno, *El día del odio* es un relato espeluznante de las causas del estallido violento del 9 de abril de 1948. Osorio presenta casi con sadismo el maltrato al que se somete a una pobre campesina en la ciudad. La cadena de injusticias y la situación sin salida en la que se encuentra la protagonista no justifican la explosión de violencia, pero la novela ya explora las posibilidades de buscar sus causas en el conflicto social, económico y cultural de las clases sociales en Colombia.

Después de 1953 aparecieron varias novelas más de las que se catalogan como “novelas de la Violencia”, las cuales se ocuparon por indagar las causas más que por rendir testimonio de los hechos. Entre estas se pueden contar tanto *El coronel no tiene quien le escriba* (1958) y *La mala hora* (1962), de Gabriel García Márquez, como *El día señalado* (1963), de Manuel Mejía Vallejo. Estas novelas, así como las de Eduardo Caballero Calderón (*El Cristo de espaldas*, 1952; *Siervo sin tierra*, 1954; *Manuel Pacho*, 1964;

*Cain*, 1969), y más tarde la de Gustavo Álvarez Gardeazábal, *Cóndores no entierran todos los días* (1971), se cuentan entre lo mejor de la producción novelística nacional sobre el tema.

La aparición de *Cien años de soledad* de García Márquez en 1967 arrojó, sin embargo, una luz sobre las novelas que le precedieron, incluso las de este autor mismo, que hizo visible el ensimismamiento con el que se manejó el tema de la violencia. Una lectura “nacional” de *Cien años de soledad*, enmarcada dentro de los procesos de la narrativa colombiana, permite ver cómo la “novela de la Violencia” no consiguió hacer ninguna conexión histórica entre el conflicto político de los años 40 y 50 y las otras formas de violencia que le precedieron. Justamente, lo que consigue en este sentido la novela de García Márquez es trazar una línea histórica de violencias que van desde el momento mismo de la Conquista, pasando por las guerras civiles, los conflictos sociales de la década del 20, hasta el conflicto reciente. La Violencia en esta novela sólo aparece evocativamente, en cuanto las guerras civiles del XIX son recreadas con elementos que en el imaginario nacional formaban todavía parte de la memoria viva del conflicto partidista. Pero la recreación de las luchas en el marco del bipartidismo como alianza histórica de las elites, ya evidente en el pacto que constituyó el Frente Nacional, le dio profundidad histórica a la Violencia. La novela marca la emergencia de una nueva conciencia histórica, al ligar la historia nacional a la del continente y la de la modernidad. La familia Buendía encarna la conciencia ensimismada del país, que interpreta las “historias locales” pero no puede conectarlas con los “diseños globales” (Mignolo, 2000), y, por tanto, está condenada a no tener una segunda oportunidad en la tierra.

Con el bipartidismo en crisis, la emergencia de nuevos actores sociales y políticos, el entorno inevitable de la globalización, la violencia en Colombia no puede ser narrada dentro del espacio cerrado de sus propios parámetros. ¿Cómo narrar la violencia actual en Colombia cuando la violencia misma ha fraccionado el tejido social, disuelto los posibles consensos y creado una crisis de significación que poco tiene que ver con una condición posmoderna? ¿Qué lugar le cabe a la literatura en este espacio de sobreabundancia de mensajes, justo cuando la letra está siendo descentrada de su lugar ordenador de la cultura y ha pasado a ser una manifestación cultural marginal en un país que no ha podido saldar su deuda educativa?

### **3. *La virgen de los sicarios*, de Fernando Vallejo**

Es en este marco de desafíos que *La virgen de los sicarios* de Fernando Vallejo (1994) sobresale como una de las obras literarias más intensas y significativas de la reciente producción colombiana. El relato se construye sobre el trasfondo de los discursos de las ciencias sociales y de los medios de comunicación, tomando como eje la figura del sicario y la violencia de la ciudad de Medellín poco tiempo después de la muerte de Pablo Escobar, el jefe máximo del más poderoso cartel del narcotráfico.

Las comunas de Medellín, como los barrios marginales de tantas otras ciudades del país, surgen y crecen con las migraciones de desplazados de las violencias ininterrumpidas que han expulsado a los campesinos de sus tierras. La violencia es una presencia constante que penetra todas las instancias de la vida, tal como se hace patente en el documental de Catalina Villar, *Diario en Medellín* (1999), en el que el maestro de la escuela



en una comuna pide a sus alumnos que lleven un diario y que registren, además de su vida diaria en el barrio, la historia de sus familias. Portadores de los “odios heredados” de la violencia partidista de los años cuarenta y cincuenta, los sicarios son asesinos a sueldo reclutados por el narcotráfico, los paramilitares, los hacendados para realizar lo que en Colombia se llama eufemísticamente la autodefensa.

Si bien la presencia de sicarios no era un fenómeno nuevo, los trabajos realizados en los años 80 sobre estos jóvenes entregaron una versión puesta al día de las consecuencias nefastas de la violencia prolongada en la sociedad. Es este el espacio que busca interpellar Fernando Vallejo en *La virgen de los sicarios*. En contraste con lo que ya se había constituido como la tradición en la narrativa latinoamericana, esta novela no entra en diálogo con los discursos de la historia ni aspira a reescribir la historia oficial desde otro lado, pues los discursos de la historia y de la memoria, en tanto espacios de construcción de la colectividad, son justamente los que han entrado en crisis hasta el punto de que un contradiscurso carecería de referente.

En *La virgen de los sicarios*, el recuerdo como forma individualizada y descolectivizada de la memoria, crea el contraste con un pasado, que si no era mejor por lo menos ofrecía promesas de futuro, ante un presente fragmentado. El tiempo mismo de la novela es difícil de asir: no se sabe cuál es el momento del relato ni cuál el de los sucesos, no queda claro cuánto tiempo transcurre; todo fluye en un presente de violencia, cada momento es una pequeña variación del anterior, sin cambio visible. El manejo temporal de la novela, en la que los actos violentos se suceden sin justificación, causa o propósito alguno, produce la misma sensación que la presentación cotidiana de masacres, asesinatos, secuestros, extorsiones, torturas que hacen los medios masivos, sin un discurso que ordene o articule los eventos dentro de un relato que otorgue significación.

La anécdota de la novela es sencilla. Un gramático regresa a su ciudad natal, Medellín, poco después de la muerte de Pablo Escobar, el principal capo del cartel del narcotráfico, y conoce a un hermoso joven sicario, uno de los asesinos a sueldo, los asesinos de la moto, que sembraron el terror en la ciudad bajo las órdenes del Jefe. El gramático y el sicario inician una relación romántica, que se agota ante la falta de proyectos en una sociedad desahuciada. Para evitar que el tedio mate su amor, recorren las calles de la ciudad en un peregrinaje que los lleva a las diferentes iglesias, y van haciendo limpieza social: matan taxistas porque escuchan radio, mujeres embarazadas porque reproducen una raza degenerada, jóvenes y ancianos porque incomodan. Dieciséis asesinatos cometen en pocos meses, ejecutados por el sicario bajo la autoría intelectual del gramático, que justifica sus actos con diatribas de odio contra el país, el gobierno, la raza.

La fuerza del relato de Vallejo radica fundamentalmente en la operación de lenguaje. Más allá de los eventos violentos que se narran, se siente la exasperación ante la falta de referentes, de nociones básicas que permitan hacer inteligible lo que está sucediendo. ¿Cómo hacer visible el horror de esa violencia cuando todos los que habitan ese mundo han llegado a familiarizarse con ella? ¿Quiénes pueden ser los interlocutores de una narración que no relata nada distinto de lo que muestran los noticieros de la televisión, o informa la prensa escrita, o discuten los académicos? ¿Cómo puede narrarse la violencia desde el lugar que la produce? ¿Quién, en un país en el que todos se ven involucrados, puede apelar a una escala de valores que condene? ¿Condenar a quién?

Vallejo recurre a un narrador que llega de otra parte, el gramático, quien seguramente conoce un mundo en donde la violencia desenfrenada no es la constante de la vida

cotidiana. E interpela permanentemente al lector como el portador de una racionalidad y una lógica que permitan ver el escenario de muerte y violencia. Desde la aceptación tácita de la violencia como parte de la cultura, como una invasora de todo, este relato tiene que apelar a otras miradas para hacerla visible. *La virgen de los sicarios* se mueve en la ambigüedad constante de intentar comunicar a través del lenguaje un mundo que se vuelve cada vez más incomunicable. Cuando el discurso que se ha convertido en realmente hegemónico es el del uso desenfrenado de las armas, es difícil establecer los significados. En esa situación no hay centros claros y por tanto no hay márgenes, pero esto está lejos de ser una experiencia liberadora.

La unión del gramático y el sicario se inserta en uno de los lugares comunes del discurso civilizador, el que ubica a la letra y a la violencia como polos opuestos, el que sitúa a la letra como instrumento civilizador olvidando la violencia del proceso mismo de su imposición, por lo menos en la historia que constituye a Hispanoamérica. El gramático remite a la tradición de letrados en Colombia, conocidos latinistas, filólogos y gramáticos, que a finales del siglo XIX unificaron una nación fragmentada alrededor de una concepción ultramontana católica con base en dos principios fundamentales: la religión y la lengua. En la novela de Vallejo, el gramático lleva al sicario, simbólicamente, por todas las iglesias de Medellín al mismo tiempo que desconoce las prácticas religiosas de los jóvenes de las comunas. En la relación de los dos hombres se traslucen los desencuentros entre las instituciones de la lengua y la religión en manos de los letrados y las prácticas de los excluidos de los centros del poder. La lengua y la religión, lejos de unir a los colombianos, se manifiestan como los espacios desde donde se construyen la exclusión y la violencia.

La figura del sicario, por su parte, es el compendio de una violencia que no se hace inteligible: en el sicariato se encuentran la violencia política con la violencia social, aquellas que las ciencias sociales quisieron tratar como separables con la fórmula de “violencia negociable” y “violencia no negociable”; allí se encuentran también el narcotráfico con el paramilitarismo, la ausencia del Estado con el capitalismo salvaje de la globalización. Confluyen en él las cegueras de una sociedad en la que la violencia política ha sido un medio legitimado para acceder al poder y que creyó que la violencia social era culpa de los pobres. El sicario es la herencia de una sociedad normalizada, cuyas elites se ocuparon de lo político y lo económico, dejando lo social en manos de las obras de caridad.

Pero el sicario no mata por razones ideológicas. Él es el eco de una sociedad que a la vez que predica la igualdad afianza una desigualdad cada vez mayor. El sicariato no se explica desde las nociones de atraso constitutivo, la violencia no puede remitirse tan sólo a la supervivencia de estructuras sociales, políticas y culturales premodernas. Los sicarios son también, como afirman los economistas Fabio Giraldo y Héctor López, “el reflejo, acaso más protuberante, del hedonismo, el consumo, la cultura de la imagen, la drogadicción, en una palabra, la colonización del mundo de la vida por la modernidad” (1991: 260). Son parte de ese sector de la población mundial que ya no es incorporable a un mercado de trabajo que se reduce cada vez más, son los sobrantes sociales, los *desechables*. La sociedad “normalizada”, como la denomina José Luis Romero (1976), busca amurallarse para contener su invasión.

Pero si el lector de Vallejo cree que el mundo que se describe en la novela es algo alejado y ajeno a su realidad, muy pronto el narrador lo desengaña. El lenguaje de la novela va involucrando al lector en ese mundo; la historia de las violencias en Colombia

lo convierte en un cómplice más, en autor intelectual, como lo es el gramático. Nadie puede lavarse las manos:

Ni en Sodoma ni en Gomorra ni en Medellín ni en Colombia hay inocentes; aquí todo el que existe es culpable y si se reproduce más. Los pobres producen más pobres y la miseria más miseria, y mientras más miseria más asesinos, más muertos. Esta es la ley de Medellín que regirá en adelante para el planeta tierra. Tomen nota (1994: 97).

Pues el sicariato no es sólo la condensación de las violencias sociales, económicas, políticas, históricas y estructurales de Colombia. Medellín es apenas un escenario de lo que se anuncia para otros muchos lugares del planeta en tiempos de globalización: el vaciamiento de sentidos, el cierre de horizontes, el desencanto en un mundo que predica el consumo como única forma de pertenencia ciudadana. Hacia el final del relato, el gramático le pide a un sicario que le escriba en una servilleta de papel lo que espera de la vida. El joven escribe:

Unos tenis marca Reebok y unos jeans Paco Rabanne. Camisas Ocean Pacific y ropa interior Calvin Klein. Una moto Honda, un jeep Mazda, un equipo de sonido láser y una nevera para la mamá: uno de esos refrigeradores enormes marca Whirlpool que soltaban chorros de cubitos de hielo abriéndoles simplemente una llave (107).

Proyectos de vida que se traducen en una lista de compras. La globalización no sólo reconfigura nuestros hábitos de consumo, permitiéndonos consumir en cualquier lugar del mundo las mercancías que se producen en cualquier otro. También las pobreza y las violencias que ella produzca estarán a disposición de todos.

El *tour de force* de Vallejo puede leerse también como un irónico intento de reparación del lugar de la letra en un momento en que la “ciudad letrada” de la que hablara Ángel Rama pasa por su mayor crisis ante la diseminación extensiva de los medios masivos de comunicación y las nuevas tecnologías. Irónico porque justamente el personaje del gramático lleva toda la carga de la intolerancia y las prácticas de exclusión que se constituyeron alrededor de la letra como espacio de normatividad y regulación. En *La virgen de los sicarios* es precisamente la reflexión sobre el lenguaje, que se va contaminando del habla del Otro a lo largo del relato, la que abre un lugar de significación particular a la forma parcialmente cerrada del relato. En ese espacio delimitado por la tradición del pacto de lectura es posible encontrar algún nivel de significación que si no consigue liberarnos de la incertidumbre, restituye de alguna manera la capacidad del lenguaje para construir sentidos.

#### 4. Comentario final

Mi propuesta de esta lectura de la novela de Vallejo se enfrenta, no sin perplejidad, al desencuentro que percibo entre este intento de restitución de sentidos que se puede rescatar del evento mismo de la novela, y lo que se ha producido con ella en el espacio de los medios masivos, la iconización del sicario como objeto de culto en los grupos juveniles urbanos, y la *persona* pública que ha asumido el autor.

La virulencia en el lenguaje y el tono de diatriba enfurecida con los que el narrador de *La virgen de los sicarios* ataca al lector dentro del espacio de la novela están encarnados en la figura de un personaje. Pero, ¿qué sucede cuando el autor mismo se presenta públicamente como este personaje? Convertido en figura pública, Vallejo ha asumido este tono de odio permanente, de misoginia rampante, de exaltación violenta en un ambiente atravesado en todas sus instancias por la violencia. El borramiento entre el “autor” y el “escritor” en tanto juego literario, a la manera de Borges, no tiene nada de perturbador en sí. Es parte del juego amplio que se ha instalado como parte de la cultura posmoderna.

Sin embargo, no deja de plantear cuán problemático es esto en una situación de guerra como la que se enfrenta hoy en Colombia. El dilema es viejo. Siguen hoy en día las disputas sobre el pensamiento de Heidegger, y en qué medida éste debe leerse o no a la luz de su posición durante el nazismo. Está aún abierto el caso de Paul de Man por una situación similar. Esto para mencionar sólo dos casos y los debates más conocidos.

La pregunta general se dirige, en el caso colombiano, a la responsabilidad que se puede exigir a los intelectuales, si se tiene en cuenta el papel de voceros que les otorga la sociedad. Más que por sus obras literarias, es como figuras públicas, exaltadas en los medios masivos, que los escritores e intelectuales tienen el alcance que tienen en la sociedad de finales del siglo XX y comienzos del XXI. Si bien la letra ha perdido su centralidad en la cultura, las figuras *massmediáticas* de los escritores gozan de enorme visibilidad y credibilidad. Baste con ver la importancia que tuvo en las últimas elecciones la adhesión de García Márquez a la campaña del actual presidente, Andrés Pastrana.

Pero en este punto lo que llama la atención es la dificultad que postula el conflicto colombiano de deslindar quiénes son las víctimas, quiénes son los victimarios. La claridad con la que se deslindan estos dos grupos en momentos históricos como el Holocausto o la “guerra sucia” en el Cono Sur, las guerras civiles en El Salvador y Guatemala o cualquiera de las instancias de terrorismo de estado en las que queramos pensar, obedece a que podemos construir la víctima desde lo que le impone el victimario y articular esto en un relato. Todo el campo de lo político queda ordenado en dos bandos. La multiplicidad de actores en el actual conflicto colombiano y un discurso a través del cual la mayoría de los victimarios se legitima como víctima de la violencia de algún otro, impide hacer el deslinde claro entre quién es lo uno y quién lo otro.

Esta lógica nos atrapa en algo quizá más perverso. Nos enreda en las lógicas con las que se legitiman las victimaciones. Lo que realiza esta lógica es el sencillo proceso de que buscamos las razones por las cuales alguien ha caído como víctima de un acto de violencia, buscando en la víctima las razones del victimario. La perversidad radica acá más que nada en la manera cómo nos vemos involucrados en el juego violento. Al buscar las razones por las cuales x mata a z, estamos aceptando que si hay una razón para hacerlo, entonces el acto se justifica. La creación de una particular figura, la de la víctima inocente, nos puede ilustrar el espacio de esta perversidad. Cuando calificamos a una víctima de inocente, estamos implicando que las hay que no lo son, es decir que de alguna manera se han merecido o buscado su suerte. Atrapados en esta lógica, terminamos, quizá sin saberlo, aprobando los métodos violentos, y muy humanitariamente haciendo la salvedad de que estos han de orientarse hacia quienes se lo merecen. Así consiguen los violentos convertirnos a todos en cómplices si no activos, por lo menos sí en nuestro silencio, en la medida en que no somos capaces de rescatar a la víctima como sujeto, y

tácitamente aceptamos la destrucción, el allanamiento y el borramiento que hace de ella la violencia, exigiéndole que justifique ella misma por qué ha sido sometida al acto violento.

Esto nos devuelve, entonces, al texto de *La virgen de los sicarios* desde otra perspectiva. El proceso de “sicarización” del gramático y la forma cómo la violencia atrapa a todos en su discurso construye una visión en la que “no hay inocentes, todos son culpables” (117), todos se merecen su suerte. En varias ocasiones, el gramático se presenta a sí mismo como sobredeterminado por las circunstancias: “Yo no inventé esta realidad, es ella la que me está inventando a mí” (89); “yo no hice este mundo, cuando aterricé ya estaba hecho” (98). La violencia, concebida desde las inculpaciones mutuas que se lanzan todos los que justifican sus acciones de violencia desde la posición de haber sido, a su vez, víctimas, se convierte en una realidad ineludible, que adopta la forma de una fuerza exterior a las acciones de los seres humanos, convertida en un agente histórico, y le resta toda agencia y responsabilidad a los que se encuentran inmersos en ella.

Ciertamente, la novela permite leer la situación de callejón sin salida, que se produce cuando se adopta un sistema de culpas para legitimar la violencia. Y podría abrir el espacio para pensar en la significativa diferencia entre la culpa y la responsabilidad. En los procesos de los últimos años en Colombia se ha visto cómo opera la culpa dentro de los discursos políticos. El comandante de las FARC, Manuel Marulanda Vélez, le presenta al presidente una hoja arrancada de un cuaderno en la que lista el número de gallinas, cerdos, vacas y demás haberes de su granja que fueron destruidos por una acción del Gobierno. Esta lista es la que señala la culpa que tiene el Gobierno en las acciones de violencia de la guerrilla. El comandante del grupo más poderoso de los paramilitares, la AUC, Carlos Castaño, no desperdicia oportunidad para contar ante las cámaras cómo la guerrilla secuestró y mató a su padre. La guerrilla tiene la culpa de las acciones de los paramilitares, es el subtexto de esta narración.

Que esto sea legible en el texto de la novela la enriquece. Pero que su autor asuma esto como discurso de intervención en el espacio público y que no parezca haber fuerzas que lo contrarresten, debe ser motivo de preocupación. La retórica de Vallejo se construye alrededor de ofensas personales, que sirven de causa para atacar no sólo a quienes supuestamente lo han agredido, sino a sistemas enteros que deberían ser destruidos por dar cabida a la agresión. No se trata aquí de las gracias del “arte de injuriar” que tanto exaltara Borges. Se trata de pensar en los efectos que puede tener tal estrategia pública en un país que se encuentra en una situación desesperada y requiere fuertemente de discursos que lo interpreten y acciones que lo rescaten. Lejos de ocuparse de la reflexión de un conflicto que está acabando con el país, Vallejo parece coincidir con su personaje: “¿Tiene este problemita solución? Mi respuesta es un sí rotundo como una bala: el paredón” (33). Cabe preguntarse si Vallejo, y en parte su novela, no se están convirtiendo en armas de la misma violencia, a la manera de aquellos documentos partidistas de la década de los cincuenta.

## Bibliografía

Franco Ramos, Jorge (1999): *Rosario Tijeras*. Bogotá: Norma.  
*Gaceta* (1998), 42/3.

- Giraldo, Fabio y López, Héctor F. (1991): "La metamorfosis de la modernidad". En: Fabio Giraldo y Fernando Viviescas (comps.): *Colombia: el despertar de la modernidad*. Bogotá: Foro Nacional por Colombia, pp. 248-310.
- Guzmán Campos, Germán; Fals Borda, Orlando; Umaña Luna, Eduardo (1962): *La violencia en Colombia. Estudio de un proceso social*. Bogotá: Ediciones Tercer Mundo.
- Harss, Luis (1966): *Los nuestros*. Buenos Aires: Ed. Sudamericana.
- Janik, Dieter (1994): "La experiencia de la Violencia: problemas de su transposición estética". En: Karl Kohut (ed). *Literatura colombiana hoy. Imaginación y barbarie*. Frankfurt/M.: Veruert, pp. 139-146.
- Mignolo, Walter (2000): *Local Histories/Global Designs. Coloniality, Subaltern Knowledges, and Border Thinking*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Número (2000), 26.
- Rama, Ángel (1984): *La ciudad letrada*. Hanover, N.H.: Ediciones del Norte.
- Romero, José Luis (1976): *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. México-Buenos Aires: Siglo XXI.
- Rotker, Susana (ed.) (2000): *Ciudadanías del miedo*. Caracas: Nueva Sociedad.
- Said, Edward (1984): *The World, the Text and the Critic*. London: Faber & Faber.
- Salazar, Alonso (1990): *No nacimos pa' semilla*. Bogotá: Corporación Región-CINEP.
- Sánchez Gómez, Gonzalo (1991): *Guerra y política en la sociedad colombiana*. Bogotá: Áncora.
- Téllez, Hernando (1979): "Literatura y testimonio". En: *Textos no recogidos en libro*. Tomo I. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, pp. 454-460.
- Troncoso, Marino (1989): "De la novela en la violencia a la novela de la violencia: 1959-1960". En: Jonathan Titler (ed.): *Violencia y literatura en Colombia*. Madrid: Orígenes.
- Vallejo, Fernando (1994): *La virgen de los sicarios*. Bogotá: Alfaguara.

## Filmografía

- Gaviria, Víctor (1989): *Rodrigo D: no futuro*. Bogotá: La Compañía de Fomento Cinematográfico de Colombia; coproducción con Producciones Tiempos Modernos y Fotoclub 76. 92 min.
- Villar, Catalina (1998): *Diario en Medellín*. Paris: La Sept Arte. Documental.